

ofrecer un fresco del periodo que no sea ingenuo ni unívoco. Por supuesto, los autores están lejos de participar de la «leyenda negra» sobre la República; de hecho, no pocos de ellos, sobre todo en el primer volumen, la refutan de modo expreso y se sitúan en una postura de defensa y reivindicación de los valores y realizaciones del proyecto de 1931. Ahora bien, tampoco se incurre en el extremo contrario: el de abandonarse a una «leyenda rosa» sobre una República impoluta en la que solo habitaran afanes reformistas en la izquierda y perversos en la derecha. El conjunto de la obra adolece de la heterogeneidad, falta de un proyecto historiográfico común e incluso dispersión que son propias de textos con tantas firmas. Pero eso también tiene la virtualidad de incluir contribuciones que desafían el relato sobre la República más habitual en la historiografía actual. Eso es sólo explícito en el segundo volumen, donde dos textos cuestionan el carácter únicamente «negro» del segundo bienio y aportan miradas alternativas al conjunto del periplo republicano (Townson, Del Rey).

Sin embargo, la lectura de los tres tomos deja la impresión de que no solo recogen buena parte de la reciente investigación sobre los años 1931-36, sino que además el grueso de sus textos no se instalan en relatos simples y monocordes. Desde ese punto de vista, qué duda cabe de que se podría haber hecho más en esa dirección, y que tampoco ayudan ni la factura modesta y en ocasiones artesanal de los volúmenes ni la difusión que se presume ha sido y será escasa; pero esta suerte de trilogía parece una útil aportación a la tarea y reto colectivos a los que se refiere la contribución que cierra el tercer volumen: convertir la República en un espacio de verdadero debate historiográfico sobre el conjunto de los años treinta y del primer siglo XX español.

Eduardo Romanos

CLAUDIO HERNÁNDEZ BURGOS

Granada azul: la construcción de la «cultura de la victoria» en el primer franquismo

Granada, Comares, 2011

ISBN: 978-84-9836-834-5

No fue la cultura de todos los granadinos, pero tampoco fue una creación de los jefes del régimen franquista. Para Claudio Hernández Burgos, la «Cultura de la Victoria» se desarrolló como un fenómeno intencionadamente visible, donde toda la población se vio inmersa al mismo tiempo en lógicas de exclusión (el recuerdo de la guerra como un activo movilizador) e integración (la recatolización como sinónimo de españolización de la «anti-España»). Este proceso, aparentemente contradictorio, queda bien explicado si se tienen en cuenta «tanto los discursos y prácticas acometidas desde el Estado, como los recursos culturales empleados por la sociedad para interpretar y asignar significados a las situaciones que viven» (p. 16). Es decir, la cultura entendida como un diálogo entre las propuestas «desde arriba» y las reacciones de la población granadina, sin dejar de lado la exclusión mediante «reinversiones simbólicas» y exageraciones que forjaron una identidad social mediante la oposición de términos, como bien demuestra el autor manejando conceptos de la Historia cultural, el análisis simbólico y la construcción del consentimiento.

Este tipo de planteamientos no sorprenden, si tenemos en cuenta las publicaciones del autor, centradas en el estudio de los apoyos sociales al franquismo y la conformación de las culturas oficial y popular del régimen. Títulos como «Consenso y fascistización de las fiestas en la España franquista: la Semana Santa de Granada, 1936-1945», «La represión franquista en la Universidad de Granada», «La construcción de un franquista: la evolución ideológica de Antonio Gallego Burín» o «Azadas en pie de guerra. Mito y programa agrario del régimen franquista durante la Guerra Civil (1936-1939)», este último

en colaboración con Miguel Ángel del Arco Blanco, le sitúan entre las líneas de investigación más novedosas sobre el régimen del general Franco.

En el caso que nos ocupa, el estudio de la prensa tiene que lidiar con el control desde el poder, que reproduce la ideología del régimen. El autor lo remedia mediante el uso de diversas fuentes hemerográficas y el recurso a la Lingüística y la Antropología cultural, pues desde la prensa los jerarcas e intelectuales franquistas ofrecieron un discurso cohesionador al pueblo mediante mecanismos de «autodefinición colectiva», ya fueran la identidad católica de España, el sentido de la guerra o la definición del enemigo. Quizá se tratara de una maniobra para mitigar los efectos de la contienda en las necesidades cotidianas, pero, como recoge el autor, la Guerra Civil generó el apoyo activo de muchos granadinos: aportaciones económicas, ocupación del espacio público adhiriéndose al proyecto de la «Nueva España», delaciones e incluso el alistamiento en la Academia de Alféreces y en las cinco organizaciones paramilitares que se crearon en Granada. Toda una descripción de la sociedad autovigilada de posguerra.

Claudio Hernández propone el espacio público como el lugar de socialización y apoyo al régimen aprovechando las fiestas, que rompiendo la rutina de la vida cotidiana, «tienden a reflejar las condiciones sociales, los valores y las creencias de una sociedad», y favorecen la cohesión e integración social (p. 263). El franquismo aprovechó el pasado del país para utilizarlo políticamente no sólo en los discursos oficiales, también el calendario festivo fue objeto de manipulación, una labor en la que se manifestaron las tensiones de las propias «familias» del régimen, pues se trataba de conseguir legitimidad mediante la referencia cultural. De este modo, se consiguió un acuerdo de mínimos: todas las fiestas recordaron la Guerra Civil como hecho fundacional, pero mientras algunas perdieron este tono belicista a medida que avanzaba la dictadura, otras siguieron haciendo hincapié en la eliminación simbólica de los vencidos.

En este contexto el régimen pretendió que las fiestas fueran la forma de relacionarse entre el Estado y el pueblo, bien socializando los valores franquistas y protagonizando el tiempo de ocio, bien movilizándolo para encontrar un consenso en la posguerra. El 18 de julio, la Fiesta de Exaltación del Trabajo, el Día del Caudillo, el Día de la Unificación, las celebraciones por la Virgen del Pilar, el apóstol Santiago y sobre todo la Semana Santa se unieron a celebraciones locales, como la festividad de la Virgen de las Angustias, la conmemoración de la toma de Granada por los Reyes Católicos o el Día de la Cruz. También reelaboraciones, como el Día de la Raza o el Dos de Mayo, en las que se afirmaba la victoria de un pueblo unido frente a lo extranjerizante. Mediante este nuevo acercamiento al calendario festivo Claudio Hernández refleja más actividad en las movilizaciones del franquismo que lo que se había venido poniendo de relieve en la historiografía, con las clases medias como un importante activo del consenso de posguerra.

En cuanto al discurso sobre los «mártires», es interesante constatar cómo el autor no lo vincula únicamente a las prácticas emanadas desde el poder, sino que la Guerra Civil fue interpretada por muchos individuos como un hito necesario, dando así sentido a los sufrimientos padecidos. Explicación que amplía las bases sociales del franquismo y se integra en el marco explicativo de la Europa de entreguerras. Es éste un enfoque comparativo que muestra cómo el espíritu de sacrificio, la camaradería y la lucha por la Patria no fueron concepciones monopolizadas por Falange Española o los sectores más tradicionalistas del franquismo. Todo ello tuvo su traducción más visible en los rituales funerarios y los monumentos a los caídos, dos fenómenos que unieron a la comunidad en torno al dolor y la penitencia. Mientras que el entierro aseguraba visibilidad en las calles, los monumentos tuvieron una dimensión simbólica mayor, «espacios sagrados de autorrepresentación y de reunión de la comunidad nacional», fueron impulsados por el régimen, aunque otros contaron con el respaldo

popular en forma de suscripción, como indica la prensa (p. 136). Asimismo, el régimen promovió un calendario para legitimar el castigo impuesto a los vencidos y dar cohesión a la sociedad de la victoria sobre las causas que habían llevado al Alzamiento: el Día de los Caídos, el Día del Dolor, la Fiesta del Estudiante Caído, la Fiesta de los Mártires de la Tradición...

La otra cara de la «Cultura de la Victoria» fueron la reespañolización y recatolización de un país que se creía alejado de su identidad. Como pone de manifiesto el mismo autor, la represión no era suficiente para llevar a cabo una tarea que ya había emprendido la dictadura de Primo de Rivera. Fue un proceso que inundó todos los aspectos de la sociedad, desde la escuela hasta la nueva denominación del espacio público, pasando por los nuevos símbolos nacionales, patrimonio exclusivo de los que vencieron en 1939. En este camino, la «liberación» de nuevas poblaciones fue la ocasión perfecta para organizar manifestaciones de apoyo al régimen; y, en el caso de Granada, se produjo todo un despliegue cuantitativo y simbólico para demostrar la fuerza de la España vencedora y la unidad del pueblo español frente al aislamiento exterior y se dio publicidad a su labor social como factor de cohesión. En estas conmemoraciones, la interacción entre el pueblo y las corporaciones locales era más visible que nunca, unas élites locales entre las que dominaba una gran heterogeneidad política y social, aunque en general pertenecían a las capas medias de la sociedad de Granada y dieron muestras de una gran flexibilidad a medida que transcurría la dictadura.

La recatolización fue el espacio de mayor actuación del franquismo, pues actuó desde el discurso, el espacio urbano, el simbolismo de las fiestas y la educación. Partiendo de la definición católica de España, el autor pone de manifiesto cómo el nuevo régimen modeló comportamientos públicos y privados, definió costumbres y actuó sobre el mobiliario urbano reparando iglesias y reponiendo cruces en las calles, de forma que actuaron como referentes simbólicos

de la nueva España y vanguardia de la actuación recatolizadora en los barrios más afectados por la «miseria material y moral», como el Albayzín (p. 219). Sin embargo, el día a día era más complejo, pues la «geografía moral» que se generó en las ciudades separaba las clases adineradas de las más humildes. Los enfoques desde la Geografía Humana y la Historia Cultural permiten señalar los lazos de solidaridad, las prácticas de sociabilidad generadas y los proyectos de adecentamiento llevados a cabo por el alcalde de Granada, Antonio Gallego Burín, que llevaban implícito todo un mensaje simbólico a través del renombramiento de las calles granadinas.

Perfecto conocedor de las corrientes historiográficas más novedosas, como los estudios agrarios, el autor aporta numerosos elementos para el debate. Entre ellos cabría hablar de la categorización del *pueblo* como un ente homogéneo o un posible análisis de la implantación material y cotidiana de la «Cultura de la Victoria», término éste acertadísimo en cuanto a sus aristas teóricas y posibilidades de desarrollo. Esta perspectiva, quizá más social que cultural, podría haber resultado una aportación al debate sobre los límites del término «consenso» en la España franquista. ¿Es preferible utilizar el concepto de «consentimiento», más acorde con la naturaleza autoritaria y represora del régimen? Sólo una investigación «desde abajo» podría sacarnos de lo que pudiera parecer una discusión nominalista, como ya sucedió con los debates sobre la naturaleza fascista del franquismo.

Con todo lo dicho, cabe destacar que Claudio Hernández Burgos ha aportado conclusiones sugerentes y ha abierto nuevas vías a la investigación, frente a una visión únicamente exterminista del franquismo, con el solo análisis de fuentes hemerográficas. *Granada Azul* es un libro que tiene muchos activos, pero quizá el mayor de ellos sea alumbrar el futuro que tienen este tipo de aproximaciones, que enriquecen la visión de nuestro pasado reciente.

Alejandro Pérez-Olivares